



LAURA L. LUCIANI. JUVENTUD EN DICTADURA:  
REPRESENTACIONES, POLÍTICAS Y EXPERIENCIAS  
JUVENILES EN ROSARIO (1976-1983),  
ARGENTINA, UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA  
PLATA, UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES,  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE GENERAL  
SARMIENTO, 2017

---

*Carlos de Jesús Gómez-Abarca*

Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas

Observatorio de las Democracias: sur de México y  
Centroamérica – Centro de Estudios Superiores de México y  
Centroamérica

jesus.gomezabarca@gmail.com

**L**

a memoria es un ejercicio colectivo, que tiene por objeto la construcción de sentido, caracterizado por ser dinámico, situado y construido, en base a los recuerdos, olvidos y omisiones. Juventud en dictadura, representaciones, políticas y experiencias juveniles en Rosario (1976-1983), constituye un valioso ejercicio de memoria sobre dos temas de gran importancia: Las venas todavía abiertas de América Latina propiciadas por las dictaduras cívico-militares y el papel de uno de los actores clave en los procesos sociales y políticos del siglo XX, y lo que va del XXI, los jóvenes.

El libro es producto de una investigación realizada por Laura Luciani, como su tesis doctoral, en la que deconstruyen las representaciones juveniles, en la dictadura de entre 1976 y

1983, en la ciudad de Rosario, Argentina, y en el que se expone la hipótesis de que la dictadura contribuyó a gestar nuevas formas, nuevos sentidos y definiciones en torno a la juventud, así como el deber ser de esta misma.

Para poner a prueba tal planteamiento, la autora indaga sobre tres ejes analíticos que recorren todo el libro: la percepción sobre la juventud, que tuvieron diferentes actores, la política que se desarrolló a partir de estas definiciones y las experiencias que los jóvenes evocan de tales políticas.

Explorar en estas tres vías analíticas ha obligado a la autora explorar múltiples y diversas fuentes, como, por ejemplo, múltiples recorridos del territorio rosarino, un conjunto de comunicados oficiales, fuentes hemerográficas, fuentes estatales, revistas producidas por los jóvenes, testimonios orales, entrevistas y trabajo de archivo. Contrastar los recuerdos de los entrevistados, con una diversidad de fuentes, ha dado como resultado un rico ejercicio analítico, que no pretende deconstruir un sentido unívoco, sino de poner en relieve el abanico de miradas expuestas sobre la construcción de los jóvenes, como sujeto histórico. Esto es lo que en primera instancia constituye un primer logro del texto.

El texto se ha organizado en seis capítulos, además de contar con la introducción y las conclusiones. En el capítulo uno, “*Juventud y jóvenes en el discurso militar*”, se analiza el discurso castrense en torno a los jóvenes, sus prácticas de sociabilidad e instituciones que los contenían. La perspectiva planteada coloca al lector frente la faceta de los significados en la dictadura, que acompañó la faceta pública y cotidiana, articulada por el plano represivo. Durante los primeros años, la dictadura se erigía como bastión de la normalidad, del encauzamiento, de la vuelta al orden, moral cristiana y el ser nacional. Ésta sería la matriz sobre la que se asentaba un discurso re-ordenador y creador, de nuevas pautas, comportamientos y sujetos sociales, incluidos los jóvenes.

Luciani identifica en los primeros comunicados, dados a conocer por la Junta Militar, que constituirían las bases del llamado *Procesos de Reorganización Nacional* (PRN), un llamado a los obreros, los jóvenes y los empresarios. A partir de un discurso, despojado de cargas negativas, se colocaba a los jóvenes en un papel de destinatarios, beneficiarios y forjadores de un mejor futuro. Se reclamaba su presencia individual, no colectiva como en décadas anteriores, asumiendo que se encontraban en un “tránsito virtuoso”, hacia la madurez, caracterizado por su fuerza creadora, ideales patrióticos, sentido de responsabilidad, generosidad y esfuerzo. La juventud era convocada a ser partícipe de esta nueva etapa, bajo un “nuevo” prototipo de juventud, no autonómico, que necesitaba ser controlado y encauzado para construir al PRN.

En este primer capítulo, también se marca un primer viraje, en los intentos de construcción del sujeto joven. Si, en 1976, el contexto estaba marcado por el objetivo de derrocar al gobierno y el de erradicar la subversión, en los años siguientes se presentó un contexto de relativa apertura a la participación de actores clave del PRN. Las actividades vinculadas al Mundial de Fútbol de 1978, en donde se registró masiva participación de jóvenes, y la apertura de la administración pública y el gobierno local, en 1979, permitió visibilizar el intento de abrir una nueva relación entre la dictadura y los jóvenes. Se sugiere en el análisis, que el interlocutor joven de finales de la década, parecía ser diferente, a aquel prototipo de joven de 1976, pensando que todo este proceso, después de algunos años de desapariciones forzadas, tortura, muerte, y de profundos reordenamientos sociales, económicos, políticos, administrativos y culturales, parecía ya estar realizado.

Simultáneamente, la autora reconoce que otras miradas y matices se construyeron, desde distintos niveles de gobierno sobre la idea de juventud. El Ministerio de Educación y Cultura, en 1976, mantuvo una cercanía con respecto a los

tópicos ya señalados, pero también reconocía la importancia de la formación de los sujetos, para que pasaran de una “unidad biológica”, a una “comunidad ideológica”, con el objetivo de evitar la compulsión de la subversión. El papel disuasivo de la universidad y el papel formativo de la familia, sería colocado en el centro de estos procesos de formación. Esto decantaría en la intromisión de lo público sobre lo íntimo, con objetivos, meramente, disciplinarios. La juventud era pensada desde una óptica pasiva, que había que contenerse, para evitar su subversión.

Pensar en “delincuentes subversivos jóvenes”, derivó en el diseño de estrategias para “identificar al enemigo” y los “espacios del enemigo”, las universidades. En este punto, la autora se detiene, para colocar un matiz interpretativo interesante. Las discursividades y las prácticas, entre los comunicados oficiales de operativos y los discursos de algunos funcionarios militares o civiles, no eran homogéneos. En las primeras, aparecía asociada la subversión a la figura de los jóvenes, como una relación intrínseca, mientras que en las referencias discursivas, de representantes de las Fuerzas Armadas o funcionarios del gobierno de facto, la subversión era extraña al joven y podía, desde fuera, enajenarlo. Esto se trata de un matiz importante, que permite ver la complejidad del entramado de significados y prácticas en torno a la juventud.

En el capítulo dos, *“Control, disciplinamiento y represión en ámbitos juveniles: las escuelas medias y la Universidad de Rosario en dictadura”*, Luciani analiza las políticas que se introdujeron desde la dictadura y la forma en que éstas modificaron las prácticas, así como sus relaciones en espacios articuladores de la sociabilidad joven, particularmente, en el seno de las instituciones educativas. Aunque las políticas educativas impuestas, no tuvieron un impacto homogéneo, ni brusco, entre la realidad previa y la posterior a 1976, existen una serie de tendencias desplegadas en múltiples dimensiones.

Entre las más importantes se encuentran la represión, que se profundizó tras el golpe de Estado; el disciplinamiento, a través de reglamentos, decretos y control sobre las personas (higiene, vestimenta, pulcritud) y las interacciones (“tres es multitud”); las modificaciones al currículo escolar, en que se suprimieron algunos contenidos específicos, que fueron considerados peligrosos, y, por último, al cese de docentes considerados de izquierda, que acompañó la derechización de las escuelas, incrementada después de 1976.

Los reglamentos no siempre fueron acatados. La dictadura trastocó, significativamente, la vida en las aulas, construyendo cierta idea hegemónica de normalidad. La escuela tramó y articuló sus propias prácticas autoritarias, y de poder, con las lógicas de control y disciplinamiento impuestas por la dictadura. En la práctica, los resultados, sobre las experiencias vitales de los jóvenes, fueron diversos, pues variaban en función de las instituciones específicas o de hechos particulares. Sin embargo, estas tramas acompañaron los años estudiantiles de las personas que asistían a las escuelas, constituyendo una marca perdurable de su sociabilidad durante la dictadura. Para los militantes, por ejemplo, aunque la represión se dio, principalmente, en espacios altamente politizados, en el silencio, o la semiclandestinidad, se tornaron estrategias de sobrevivencias, en un contexto marcado por la vigilancia, la censura y la cancelación de los espacios de participación estudiantil.

En el caso de la Universidad Nacional de Rosario, analizado a detalle en este libro, como en otras universidades del país, se registraron profundos cambios durante la época de la dictadura. Tras el golpe militar de 1976, las medidas tomadas al interior fueron de intervención, represión, persecución y desaparición de profesores y estudiantes. A eso se le debe sumar, las prácticas señaladas líneas arriba, así como el cierre de cupos, para estudiantes de nuevo ingreso, el creciente control y los traslados de las carreras, las escuelas y los institutos, con el

único objetivo de desarticular las redes de solidaridad y comunicación entre estudiantes y docentes.

Para Luciani, estas prácticas no eran totalmente nuevas e iban enfocadas a gestiones afines al Gobierno Nacional que pretendían: La recuperación plena del ámbito de la gestión y administración de los organismos de la Universidad; proyectar, elaborar y difundir las normas y los valores, que debería de regir durante el año académico de 1977 y recuperar la normalidad en la Universidad, superando los logros previamente alcanzados. De esta manera, se fundían los objetivos de seguridad nacional y los objetivos académicos. Estos procesos no estuvieron exentos de disputas al interior de las universidades, entre diferentes sectores, que, sin embargo, apoyaban en general las políticas educativas de la dictadura, incluidos algunos sectores estudiantiles.

En el capítulo tres, “*Las políticas hacia los jóvenes en las fuerzas armadas*”, se busca medir el impacto de una serie de convergencias entre la sociedad y las Fuerzas Armadas, particularmente, entre los jóvenes y las fuerzas armadas. Las fuerzas armadas posicionaron su rol como educadoras, reforzando sus discursos y vínculos con las generaciones jóvenes. La juventud, desde la voz institucional de las fuerzas, se mostraba diferente. Ya no era considerada más como peligrosa, sino que se situaba desde el discurso castrense, más cercano al heroísmo y a la virilidad de los soldados. Juventud, masculinidad y guerra, una triada que sintetizaba tal proyección.

Múltiples fueron las estrategias de acercamiento a los jóvenes, llevadas a cabo por las fuerzas armadas, con la participación del aparato estatal, particularmente, entre la coyuntura del periodo de 1978-1980. *Los Planes de Acción Cívica* en la ciudad, el Operativo ¡Argentinos! ¡*Marchemos hacia las fronteras!* y la creación del *Liceo Aeronáutico* fueron tres de las estrategias más significativas. Más allá de sus diferencias, en términos de sus orígenes, la forma en que fueron desplegados

y sus alcances, todas estas concluyen en un punto central: Todas estuvieron orientadas hacia una articulación con las escuelas medias.

Dos objetivos parecen inminentes en estas estrategias: La lucha contra la subversión y el desarrollo armónico de la comunidad, que se materializaban a través de múltiples acciones concretas, tales como la reconstrucción de zonas inundadas en la provincia, la construcción de infraestructura para escuelas, espacios de salud, concursos de ensayo sobre la historia naval, o intereses marítimos nacionales, y torneos deportivos, que adquirieron importancia después del Mundial 78. El binomio escuela-Fuerzas Armadas, para la autora, dejaba ver la necesidad de generar cohesión social interna, con cuotas de legitimidad social, y construir un marco de legitimidad en materia de política exterior.

En Rosario, ¡Argentino! ¡Marchemos hacia las fronteras!, fue una estrategia significativa. A través de sus entrevistas, Luciani no identificó una orden implícita, que incidiera en la decisión de estudiantes secundarios, ni un claro alineamiento ideológico con la Gendarmería, que diseñó y desplegó este proyecto. Por el contrario, Luciani se encontró con una multiplicidad de motivos, que los estudiantes y los profesores tuvieron para participar. Entre los estudiantes, por ejemplo, servía para obtener las notas aprobatorias de manera adelantada. Otros estudiantes, sobre la experiencia, expresaron cierta empatía, con la gendarmería que los recibió, mientras que los demás experimentaron silencios absolutos entre dos mundos distintos.

La autora refiere un segundo ejemplo, el caso del *Liceo Aeronáutico Militar (LAM)*, uno de los dos liceos creados en la dictadura, que obedeció, en parte, al creciente interés de jóvenes por la educación en un instituto militar. El LAM fue el único gestado por la Fuerza Aérea en toda su historia. Este se sumó a otros liceos militares, construidos en otras épocas. Su objetivo era capacitar a conscriptos en el mantenimiento de los aviones

de la Fuerza Aérea y otorgarles la posibilidad de una salida laboral. Con esto se cumplían dos objetivos más precisos. El primero era contribuir al sistema educativo argentino y a la formación de jóvenes preparados con la enseñanza secundaria y, el segundo, conformar núcleos de reserva necesarios para el cumplimiento de sus fines.

El proyecto contó con cierto apoyo social, de personas que mantenían una cuota de confianza en los valores e idiosincrasia de las Fuerzas Armadas, pero en los diferentes testimonios recuperados se revelan diferentes motivos por inscribirse al Liceo, como el deseo de tener una educación con un buen nivel educativo o continuar una tradición familiar. Las experiencias de los jóvenes del liceo también eran diversas. A través de los relatos, se puede interpretar un intento de normalizar la experiencia en el Liceo, con situaciones tanto positivas como negativas. No obstante, la experiencia distaba de otras escuelas por varios motivos. La disciplina, el castigo, la expropiación del cuerpo y el fuerte carácter meritocrático, por ejemplo, eran algunos de estos. Entonces, partiendo de esas vivencias, ¿La Normalidad para quién y Respeto de qué? La pregunta sobre la normalidad/anormalidad resulta una dicotomía, que parece plantear desafíos hermenéuticos en el estudio de la memoria.

En el capítulo cuatro, *“Como si vivir fuese algo increíble: culturas juveniles durante la dictadura”*, la autora expone cómo la dictadura no consiguió un silenciamiento absoluto de los jóvenes, ni de sus prácticas, sino que supervivieron y emergieron ciertas culturas juveniles, que marcaron las experiencias personales de los jóvenes. Es decir, emergieron y pervivieron experiencias, relativamente autónomas de los jóvenes, respecto de las instituciones y los espacios creados para ellos por los adultos. Esto se registra a partir de sus prácticas de sociabilidad, diferenciaciones sociales, marcos de apropiación, pautas de consumo, gustos musicales y jergas, que involucraban su identidad en cuanto a tales. Entre las expresiones más

comunes, que encasillaban las pautas de consumo juveniles, se construían en torno a los términos “*cheto*”, “*rockero*” y “*pardo*”.

Los arquetipos, basados en la música, las personalidades, la vestimenta, y demás rasgos, resultaban más o menos claros para algunos, aunque también hubo voces de jóvenes y de adultos, que cuestionaban esas distinciones. Desde la “*cultura del rock*”, desarrollada desde los setenta, se criticaron tales arquetipos, por quienes se adscribían a la misma. Para Luciani, se podían caracterizar por tener el cabello largo, el gusto por la música progresiva, la lectura de revistas contraculturales y el cuestionamiento a determinados patrones de consumo y fórmulas adultas, que marcaban el deber ser de los jóvenes. Se trataba de una cultura juvenil, que permitía amalgamar aquellos jóvenes que, sin cuestionar directamente el régimen y sin posicionar un contenido político evidente, buscaban espacios de refugio, indisciplinados y disruptivos del orden instituido.

En el trabajo se destaca que, en Rosario, la cultura del rock tuvo un auge durante la dictadura. La vida de algunos barrios de la década de los setenta, relatan algunas entrevistadas, era profundamente bohemia. La gente se reunía a debatir, leer y escuchar música, y la dictadura no anuló por completo estas prácticas.

Agrupaciones independientes que vinculaban músicos de rock y artistas muy diversos ayudaron en este proceso de difusión. El recital ocupaba el centro de la cultura rockera y otras expresiones artísticas. En esta escena también se alimentaba y difundía encuentros locales en el centro y los barrios de la ciudad, así como también encuentros nacionales de rock, difusión por radio y revistas alternativas.

Los espacios de socialización de la cultura rockera, como otras actividades, estuvieron desarrollados en un contexto fuertemente restrictivo y fue el censor de las actividades y prácticas juveniles, en un régimen que consideraba al rock y lo asociado como una cultura joven pernicioso. Las razias en

bares, recitales y boliches bailables, para detener a los jóvenes, era la expresión más clara del malestar generado por la cultura del rock. Quienes fueron entrevistados por Luciani, refieren que las detenciones duraban poco tiempo, por lo que, generalmente, no causaban mucho miedo, pero, a veces, estas razias se articulaban con operativos anti-subversivos, lo que potenciaba la represión.

En el capítulo cinco, “Militancia y participación: De la apoliticidad inicial a la movilización pos Malvinas”, se profundiza en experiencias y prácticas políticas de los jóvenes en la dictadura. La suspensión de la actividad política, la ilegalización de los partidos de izquierda y de las organizaciones guerrilleras, la presión política de activistas políticos, gremiales y estudiantiles y la represión clandestina, fueron parte de la amplia estrategia de despolitización y desmovilización gestada desde la dictadura. Sin embargo, la militancia política no desapareció por completo. La normativa, que mantenía cierto grado de ambigüedad, favoreció la continuidad de algunos partidos, como el Partido Comunista Argentino (PCA), lo que a su vez favorecía a que la juventud insatisfecha, se canalizara a través del partido de izquierda y no por la acción violenta, además de que el PCA tuviera menos dificultades, que el resto de los partidos y organizaciones de izquierda, que, al final, resultaron disueltos.

En 1977, se registraba vestigio de agrupaciones estudiantiles, que intentan comenzar a reorganizarse, y a establecer contactos entre sí, alejados de la vía institucional y a la defensiva. Estas experiencias documentadas, ponen de manifiesto que, si bien, el destino de muchos militantes, especialmente, de organizaciones político-militares y sus agrupaciones de base, fue la represión, la prisión legal y clandestina, la tortura, el asesinato, la desaparición, la persecución y el exilio, también hubo muchas otras formas de mantener cierta militancia política o escapar a la represión. Las militancias artísticas y culturales, la clandestinidad de las reuniones, el análisis de la realidad, la

fractura de la vida cotidiana, la supervivencia y el resguardo, se tornaron las vías de ejercer de la militancia.

En el capítulo seis, “Nuevos y viejos jóvenes: La coyuntura post 81 y el final de la dictadura”, se abordan los principales cambios ocurridos 1981 y 1983 y su vinculación con espacios de participación para los jóvenes. Iniciada la gestión de Galtieri, el PRN viró hacia otro objetivo considerado central, como lo fue la recuperación de las Islas Malvinas. Esto permitió abrir un nuevo vínculo positivo con la sociedad, incluso con críticos del pasado, en uno de los momentos más conflictivos. Los jóvenes fueron incluidos en el discurso, nuevamente, ahora como parte de un pueblo emocionado, que sería la base de la movilización para la guerra. La juventud fue pensada entonces como protagonista.

Nuevamente son importantes los matices que ofrece el análisis. La ocupación y la posterior guerra, no implicaron por parte de la población, la asimilación y la aceptación del discurso militar. Así mismo, pronto se visibilizó que esta guerra afectó, sensiblemente, a la población, en especial a los jóvenes. Cuando la guerra finalizó, con una derrota, las preguntas afloraron en la sociedad, y, a la par, también creció el repudio por enviar a morir a víctimas inocentes. De este modo, la derrota significó la salida de Galtieri, la crisis estructural del régimen y el inicio de la apertura política definitiva.

La derrota en la guerra de las Malvinas contribuyó, pues, a la popularización de los reclamos jóvenes, a la conformación de un apoyo social significativo, respecto de las demandas estudiantiles y representó también el regreso de la política, como espacio de encuentro, confrontación y debate para los sectores juveniles. Al mismo tiempo, las organizaciones gremiales, un incipiente movimiento estudiantil y los organismos de derechos humanos, ganaban mayor visibilidad.

La transición democrática estaba en puerta, como lo ejemplifica en el libro Luciani, con las jornadas de formación cívica,

en las que se buscaba posicionar a los mecanismos electorales, como la única vía de participación política. La sociedad, por su parte, ya había comenzado a mostrar otras formas de participación y movilización, que corroía a un régimen ya endeble. Los jóvenes desde distintos espacios generaron instancias de acción y movilizaciones nuevas, que se desplegaron juntas a otras que ya existían. Las movilizaciones de profesores y estudiantes que venían cuestionando los aranceles, el ingreso irrestricto a la universidad y otras reivindicaciones, son un ejemplo de ello.

Si bien, desde 1981, ya había muestras de un reagrupamiento del movimiento estudiantil, no fue hasta después de la guerra cuando la vida universitaria adquirió un tamiz diferente. El fin de la guerra de Malvinas representó el fin de las restricciones de la participación, lo que permitió la recomposición de instancias de participación y organización política de manera gradual. Las huelgas gestadas desde instituciones gremiales, las marchas por las violaciones a los derechos humanos y los partidos políticos se nutrieron, ampliamente, de la gente joven. Los jóvenes se involucraron con mayor visibilidad en acciones de oposición y resistencia desde múltiples lugares, como la universidad, donde ya se evidenciaba la recomposición del movimiento estudiantil, a través de las diversas agrupaciones políticas, los centros de estudiantes y la elección de representantes estudiantiles.

En suma, en el libro se entretajan múltiples tramas, que revelan la compleja construcción histórica de la juventud, durante el periodo de la dictadura en Argentina. La importancia de las escuelas y universidades en las políticas desplegadas por la dictadura, la normalidad impuesta a las experiencias de los jóvenes estudiantiles, la vinculación comunitaria y otras estrategias de vinculación social, desplegadas por quienes encabezaron el PRN, las múltiples formas en que los jóvenes experimentaron e hicieron memoria de los discursos y las políticas que experimentaron, las prácticas disruptivas de

orden cultural y la reactivación del fervor juvenil, que decantó en una nueva primavera política, son algunas de las muchas tramas, que abonan a la interpretación multidimensional de los jóvenes, como sujeto histórico y social, que nos ofrece Laura Luciani.

Por todo lo anterior, *Juventud en Dictadura* ofrece un análisis original y riguroso, a lectores interesados en los estudios de la memoria, la historia de las edades y, particularmente, en la construcción socio histórica de la juventud, además de brindar la posibilidad de muchas otras reflexiones en torno a los vestigios dictatoriales, en las diferentes latitudes de América Latina, o sobre las continuidades y rupturas, que presenta la compleja interrelación de los jóvenes y la política, o, dicho de otra forma, los jóvenes y la democracia.